

Jorge D. Alcaraz-Pérez Ros

Capitán de Corbeta de la Armada (en excedencia). Graduado en Ciencia Política y de la Administración con un Máster en Estudios de Guerra y Conflictos por la Universidad de Potsdam

Correo: jorgedalcarazpros@gmail.com

Inteligencia de señales británica sobre las comunicaciones navales argentinas en la guerra de las Malvinas: obtención, procesado y colaboración exterior

British signals intelligence on Argentine naval communications in the Falklands War: procurement, processing and foreign collaboration

Resumen

Aunque la interceptación de las comunicaciones navales argentinas por parte de la inteligencia británica en la guerra de las Malvinas tuvo un papel decisivo en el conflicto, numerosas cuestiones, como las relativas a su alcance, su relevancia real en la contienda, y casi todo lo relativo a cómo se produjeron esas interceptaciones, siguen hoy en día sin resolver. El objeto del presente artículo es avanzar en la comprensión de estas cuestiones, a falta de una desclasificación de la documentación oficial sobre el tema. Para ello, se analizan los medios de obtención más probables, la actividad de inteligencia previa a la operación de desembarco argentina y se trata de contextualizar con la información

más reciente relativa a la cooperación en asuntos de inteligencia entre norteamericanos y británicos en las pasadas décadas, ya que parece ofrecer un potente marco explicativo para entender cómo operaron los servicios implicados. De esta forma, se pretende aportar criterios para evaluar, o reevaluar, de forma más precisa los factores que decidieron el resultado y condicionaron el desarrollo de la guerra.

Palabras clave:

SIGINT, GCHQ, NSA, Satélite.

Abstract

Although the interception of Argentine naval communications by British intelligence during the Falklands War played a decisive role in the conflict, numerous issues, such as the extent of the interceptions, their actual relevance to the outcome, and almost everything regarding how these interceptions occurred, remain unresolved to this day. The aim of this article is to advance the understanding of these issues in the absence of the declassification of official documents on the subject. To this end, it analyzes the most likely intelligence-gathering methods, the intelligence activity prior to the Argentine landing operation, and seeks to contextualize this with the most recent information regarding intelligence cooperation between the Americans and the British in past decades, as it seems to offer a strong explanatory framework for understanding how the services involved operated. In this way, the article aims to provide criteria to more accurately evaluate or reevaluate the factors that determined the outcome and shaped the course of the war.

Keywords

SIGINT, GCHQ, NSA, Satellite.

Citar este artículo:

Alcaraz-Pérez Ros, J. D (2025). Inteligencia de señales británica sobre las comunicaciones navales argentinas en la guerra de las Malvinas: obtención, procesado y colaboración exterior. *Revista del Instituto Español de Estudios Estratégicos*. 25, pp. 259-288.

I Introducción

Aunque la obtención de inteligencia de comunicaciones navales en la guerra de las Malvinas por los británicos tuvo un impacto decisivo en el desarrollo y en el resultado final de la contienda, aún hoy en día existen grandes lagunas de conocimiento con respecto a este tema. En el conjunto de obras y estudios sobre el conflicto, el relato se vuelve difuso en lo referente a datos sobre los medios, formas de obtención y colaboración del Reino Unido con otros países en esta labor.

Por lo general, se evita o se omite profundizar en la naturaleza, la procedencia y forma de obtención de determinadas informaciones que estuvieron en la base de acciones y decisiones clave, y toda pista muere en una referencia genérica a la inteligencia británica. Obviamente, no hay más datos accesibles públicamente. Es normal que los Estados guarden celosamente la información relativa a sus operaciones, acciones, medios y personal de inteligencia, y solo tendremos acceso pleno a ella cuando se desclasifiquen.

Pero pese a todo, es conocido que gran parte de la mensajería entre unidades argentinas en la mar y sus mandos fue interceptada, evaluada por la inteligencia del Reino Unido y empleada por el Gobierno de este país, así como por la fuerza desplegada, en su planeamiento y toma de decisiones. Un ejemplo significativo serían los mensajes del 29 de abril al 1 de mayo, incluido el del primero de mayo, del almirante Gualter Óscar Allara, comandante de la fuerza de tareas argentina, embarcado en el portaaviones *25 de Mayo*, por el que se ordenaba iniciar el ataque a la flota británica, con importante información relativa a planes, intenciones y posiciones de las unidades argentinas (Freedman, 2005: 233, 242-243).

Entre los más prominentes usuarios de la inteligencia de señales estaban los submarinos nucleares (SSN) de la *Royal Navy*. Según el almirante Peter Herbert, el oficial al mando de los submarinos nucleares del Reino Unido, «GCHQ Cheltenham was by far the most important source of intelligence on Argentine naval forces. Their contribution was invaluable to the success of the submarine campaign» (Herbert, 2019: 43), es decir, el GCHQ (*Government Communications Headquarters*), responsable de la inteligencia de señales, era la principal fuente de información para los submarinos británicos. Numerosos indicios apuntan a que estas informaciones habrían sido más que suficientes para interceptar y hundir el crucero ARA (Armada de la República Argentina) *Belgrano* (Rossiter, 2008: cap. 10; Freedman, 2005: 233, 242-243; Jinks y Hennessy, 2015: cap. 7), el segundo buque más grande de la Armada Argentina, pese a que, casi con seguridad, los británicos disponían de más fuentes¹. El portaaviones *25 de Mayo* estuvo en grave peligro de ser localizado por submarinos nucleares en varias ocasiones (Freedman, 2005: 233, 243; Jinks y Hennessy, 2015: cap. 7), en gran parte por este motivo y fue también una interceptación de señales la que puso en marcha

¹ Por ejemplo, la probable comunicación a las autoridades británicas de la salida del *Belgrano* del puerto de Ushuaia, de la que se hablará más adelante; tampoco se puede descartar el uso de satélites u otros medios.

la búsqueda del submarino *San Luis* por parte de otro SSN (Sciaroni y Smith, 2020: 29; Jinks y Hennessy, 2015: cap. 7). Además, los movimientos de algunos buques que transitaban frente a la costa continental argentina estaban siendo monitorizados por la inteligencia británica y pasados a submarinos en la zona, aparentemente con información de fuentes similares. Datos de inteligencia, como que uno de los barcos tenía un eje dañado, o que se dirigían a zonas concretas (Jinks y Hennessy, 2015: cap. 7), indican que no puede tratarse de información de imágenes o radar, sino espionaje o, lo más probable, mensajes interceptados.

La mayoría de los mensajes capturados de los que tenemos conocimiento, por haber afectado de alguna manera el curso de la guerra, tenían características comunes. Se trata de comunicaciones entre mandos, en tierra o en la mar, y unidades en la mar, con información relativa a planes, intenciones, órdenes, puntos de *rendezvous*, áreas de operaciones, así como de informes de unidades, evaluaciones y otras informaciones de las unidades hacia estos mandos. Mensajes de tipo operacional, más que táctico, que ofrecen una perspectiva más general y en los que emisor y receptor se encuentran muy alejados y, por esto último, podemos deducir que se trata de comunicaciones en alta frecuencia (HF).

El presente trabajo pretende avanzar en la comprensión de cómo consiguió la inteligencia británica y en qué medida penetrar el sistema de comunicaciones de la Armada Argentina. Con el fin de acotar el estudio, el documento se centrará en indagar sobre el alcance y relevancia del empleo de los medios que más probablemente se usaron para la obtención de este tipo de inteligencia y en el apoyo recibido por el Reino Unido en esta área. Pese a la contribución de importantes naciones europeas en materia de inteligencia de señales y de otros tipos de inteligencia, el trabajo se ocupará principalmente de la colaboración con Estados Unidos por ser una pieza fundamental para entender su forma de operar.

El estudio hace uso de la información aparecida en los últimos años sobre la colaboración entre Estados Unidos y Reino Unido, en esta faceta de la inteligencia, desde hace varias décadas. También se aprovecha una interesante circunstancia que permite reducir las posibles opciones a unas pocas. Se trata de las significativas interceptaciones, por parte de la inteligencia británica, ocurridas antes de la toma de las islas por la Armada Argentina y mucho antes del despliegue de la *Royal Navy* en la zona.

Este trabajo presupone un cierto conocimiento del lector sobre el conflicto, la geografía de la zona, las circunstancias históricas y geopolíticas en las que tuvo lugar e, idealmente, sobre principios de comunicaciones navales, por lo que no se profundiza en hechos o temas de conocimiento general y fácilmente accesibles. Tampoco se profundiza en temas que, aunque estén relacionados, no se centren en el foco del estudio, principalmente las interceptaciones de marzo de 1982, salvo en la medida en que sean relevantes para el análisis.

2 Algunas incógnitas sobre los satélites

En noviembre de 1986, el almirante de la Marina de los Estados Unidos, Harry Train, pronunció sendas conferencias en la Escuela Nacional de Defensa, en la Universidad

de Belgrano y en la Escuela de Guerra Naval, en Argentina. El almirante había sido comandante en jefe de la Flota del Atlántico de la Marina de Estados Unidos, es decir, tenía el mando de las fuerzas de este país sobre el área donde tuvo lugar el conflicto (Train, 1987). Mucho se ha avanzado desde entonces en el conocimiento de lo que ocurrió en aquellas semanas en el Atlántico Sur. Gran parte de las incógnitas que aún existían en los años siguientes al conflicto, algunas de las cuales fueron planteadas en los debates posteriores a las conferencias, han sido resueltas a lo largo de los años, pero otras no están totalmente aclaradas en la actualidad.

Una de las preguntas que se formularon al almirante y, para la que aún hoy en día no existe una respuesta clara, tenía que ver con el supuesto apoyo, por parte de Estados Unidos a los británicos, con información proveniente de satélites propios. Según Train, los satélites que usaban ambos países se comprobaban en común, por lo que el Reino Unido tendría el mismo derecho que Estados Unidos a utilizarlos para lo que estimara necesario. El almirante se centra en los satélites de imágenes (Train, 1987: 254). Aunque estos podrían proporcionar información de una flota en un momento dado, su utilidad para el empleo en el nivel táctico, según afirma, sería escasa. No obstante, si bien es cierto que tácticamente esta información puede tener poca utilidad, pues llegaría tarde, por el tiempo de procesamiento necesario, y que apenas aporta datos sobre intenciones futuras, también podría dar lugar a una búsqueda más detallada con aeronaves de reconocimiento o patrulla marítima, aunque sabemos que la flota británica carecía de ellas. Si la fuerza localizada permaneciera un tiempo en la misma zona, unos días, por estar próxima a una base, adiestrándose o como parte de un plan, y esta era, más o menos, la situación del *Belgrano*, se podría destacar un submarino nuclear que podría relocalizarla con sus propios sensores. Mejor aún si el satélite puede actualizar la posición regularmente. La cosa cambia si se trata de una fuerza en tránsito que se protege con cambios de rumbo y velocidad para no delatar sus intenciones al satélite.

El almirante también menciona los satélites-radar y afirma que por aquella época no disponían de ellos; además, no estaban muy desarrollados y su uso necesitaría estar complementado por otros medios de obtención, como satélites de imágenes o de guerra electrónica para permitir algún tipo de identificación o clasificación de los contactos.

También explica el citado oficial la posibilidad de que satélites de guerra electrónica pudieran dar una idea aproximada de dónde se encuentran los buques enemigos, siempre y cuando estuvieran emitiendo algún tipo de radiación electromagnética, procedente de radares o equipos de comunicaciones, a la vez que insiste en la imposibilidad de obtener información del movimiento por estos medios y, mucho menos, en un tiempo razonable para un uso táctico (Train, 1987: 238, 254-255).

Sin embargo y en base a la argumentación anterior, un interlocutor hace una pregunta que pone en evidencia que el almirante no lo ha contado todo. En efecto, si como él afirmaba ninguna información satelital permitía obtener información táctica naval, como datos cinemáticos (relativos al rumbo y velocidad) y mucho menos sobre intenciones, ¿cómo tuvieron conocimiento Estados Unidos y Reino Unido,

días antes de ejecutarse la Operación Rosario (la operación anfibia argentina por la que se tomaron las islas), de la dirección de la fuerza y de que iba a llevarse a cabo un desembarco de forma inminente? Evidentemente, la respuesta del almirante no aportó nada nuevo, o no quiso profundizar en el tema, conjeturando simplemente que podría estar relacionado con interceptaciones electrónicas, sin especificar, por ejemplo, de qué tipo y, mucho menos, qué o quiénes podrían estar interceptándolas.

3 Inminencia del desembarco

Desde mediados de marzo de 1982, unos incidentes relacionados con la presencia de unos trabajadores argentinos en Georgias del Sur, posesión británica a unas setecientas millas de Malvinas, habían ido escalando en intensidad hasta generar, especialmente a partir del día 19, un revuelo diplomático al que el Ministerio de Defensa no era indiferente. El domingo 28 de marzo, el ministro de Defensa británico, John Nott, leía en su casa un informe de inteligencia del día anterior, según el cual habría indicios de que todos los submarinos de la Armada Argentina se habían hecho a la mar, lo cual sí era cierto para el sumergible *Santa Fe*. Al leer el informe no pensó que las Malvinas estuvieran bajo ninguna amenaza, sino que la situación en las Georgias era peor de lo que creían (Rossiter, 2008: cap. 6; Mayorga, 1998: 60; Nott, 2002: 252).

Sin embargo, ese mismo día 28, la inteligencia británica interceptó un mensaje dirigido al *Santa Fe* que sería analizado al día siguiente. Se le ordenaba dirigirse a unas coordenadas y llevar a cabo un reconocimiento de la playa como preparación para un desembarco; las coordenadas indicaban un punto situado, no en las Georgias, sino en las proximidades de Puerto Stanley (posteriormente renombrada Puerto Argentino) (Rossiter, 2008: cap. 6). Este mismo día zarpaba el grueso de la flota argentina que tenía como misión tomar el control de las islas Malvinas en el marco de la Operación Rosario. El día 30, el almirante Allara, tras reunirse con sus comandantes, decidió cambiar la fecha del desembarco del 1 al 2 de abril debido a las pésimas condiciones meteorológicas (Mayorga, 1998: 60-61). El día 31, el contralmirante Büsser, comandante de la fuerza de desembarco, radió a Buenos Aires un mensaje comunicando el aplazamiento del desembarco, siendo este mensaje igualmente interceptado. El GCHQ, la agencia de inteligencia de señales del Gobierno y contraparte británica de la NSA (*National Security Agency*) americana, lo decodificó y lo entregó a los distintos departamentos del Gobierno (Rossiter, 2008: cap. 6).

Paralelamente al preocupante flujo de información que apuntaba a un foco de tensión aún mayor en Malvinas que en las Georgias, las primeras decisiones no se hicieron esperar. Con el beneplácito de Margaret Thatcher, el mismo día 29 se acordó desplazar submarinos nucleares al Atlántico Sur (Rossiter, 2008: Prologue). El SSN HMS *Spartan*, que se encontraba de maniobras en aguas próximas a Gibraltar, recibió un extraño mensaje a través del teléfono submarino de la fragata HMS *Brilliant*: le indicaba que debía dirigirse a Gibraltar de forma inmediata; allí recibiría instrucciones detalladas. Además, embarcaría provisiones, torpedos y demás material para hacerse a la mar el día 31 de marzo con rumbo a Malvinas; conviene remarcar que este era su destino, no Georgias (Jinks y Hennessy, 2015: cap. 7).

El día 30 por la mañana, John Nott dio la orden de alistar un segundo submarino: el HMS *Splendid* abortó su misión de seguimiento de un submarino nuclear soviético en el Atlántico Norte y se dirigió a su base en Faslane con el fin de prepararse igualmente para el despliegue en Malvinas. Ese día por la tarde, un tercer submarino, el HMS *Conqueror*, que se encontraba en la base listo para entrar en un periodo de mantenimiento de cinco semanas, recibió una llamada del oficial de guardia de la base anunciando que el buque tenía órdenes de alistarse para la guerra (Nott, 2002: 253; Rossiter, 2008: cap. 1).

El día 31 de marzo por la tarde, el mismo día que se interceptó el mensaje del contralmirante Büsser, revelando la fecha del desembarco, John Nott recibe un *briefing* en su despacho de la Cámara de los Comunes en el que se le exponen claras evidencias de que el día 2 de abril se produciría un desembarco argentino en las Malvinas (Nott, 2002: 257; Aldrich, 2010: 397-398). Es este mismo día, el 31 de marzo, a dos días aún del desembarco argentino, cuando Henry Leach, el Primer Lord del Mar, reunido con Margaret Thatcher y John Nott propone a la primera ministra enviar una flota para la recuperación de las islas, ya que defenderlas de la invasión no sería factible. Leach se apoyaba en un informe de inteligencia que evaluaba la situación y para el que se disponía de más información que la expuesta anteriormente (Rossiter, 2008: cap. 6).

No obstante, simplemente los mensajes que ordenaban al submarino dirigirse a un punto próximo a Puerto Stanley para un reconocimiento previo y especialmente el del 31 de marzo, confirmando el inicio de las operaciones para el día 2 de abril, habrían justificado de sobra las medidas que se tomaron: enviar tres submarinos nucleares, por la posibilidad de que se produjera un desembarco argentino, y la decisión de enviar una flota, una vez confirmado que el desembarco se produciría, con una fecha concreta y con los barcos implicados ya en la mar.

La inteligencia británica disponía de más información en el momento de redactar el informe que, sin duda, contribuyó a reforzar la hipótesis del desembarco, aportando una visión más general y consistente de la situación y descartando, por ejemplo, que se tratara de algún tipo de operación de decepción. También debió ayudar a los analistas de inteligencia a contrarrestar el argumento de que, probablemente, todo acabaría en nada, como ya había ocurrido en años anteriores. El envío el día 20 de marzo del *Endurance* (Freedman y Gamba-Stonehouse, 1991: 52-53; Prince, 2002), que se encontraba en Puerto Stanley, a Georgia del Sur con el fin de evacuar al personal argentino provocó la respuesta de la Junta Militar Argentina, que destacó varios barcos para evitarlo. El Reino Unido puso a trabajar a sus servicios de inteligencia y buscó apoyo en los de los Estados Unidos: la situación se estaba volviendo más confusa (Gavshon y Rice, 1984: 44; Keegan, 2003: Epilogue). Los británicos habían cerrado su estación del MI6 en Buenos Aires por motivos presupuestarios, de la que la CIA dependía para obtención de inteligencia de fuentes humanas (HUMINT) (Hastings y Jenkins, 2011: cap. 3; Keegan, 2003: Epilogue).

Pese a todo, no estaban tan desinformados con respecto a los movimientos argentinos como algunas fuentes, sobre todo británicas, dan a entender. El GCHQ y la NSA habían detectado un incremento notable del volumen de tráfico de

comunicaciones por radio en el Atlántico Sur desde mediados de marzo, ocasionado, no solo por buques argentinos, sino también por buques chilenos (Aldrich, 2010: 395; Keegan, 2003: Epilogue).

La Armada Argentina estaba llevando a cabo ejercicios anuales con la Armada uruguaya; desde el 17 hasta el 25 de marzo, una gran parte de la flota argentina se encontraba en la mar por este motivo (Facchin, 2022: 71; Hastings y Jenkins, 2011: cap. 3, Appendix D) y, entre el 24 y 25 de marzo, el GCHQ interceptó un mensaje en el que el almirante Jorge Isaac Anaya ordenaba, desde Buenos Aires, destacar a las corbetas ARA *Drummond* y ARA *Granville* hacia un punto entre Georgia del Sur y las Malvinas para interceptar al *Endurance*, que se encontraba ya en las inmediaciones de Georgias. También entre el 24 y 25 se capturan más señales argentinas con información de inteligencia sobre el *Endurance* y los *Royal Marines* (Aldrich, 2010: 395; Freedman y Gamba-Stonehouse, 2011: 88; Hastings y Jenkins, 2011: cap. 3; Middlebrook, 2012: cap. 2; Rossiter, 2008: cap. 3).

Por otro lado, la inteligencia británica, como se dijo anteriormente, tenía acceso a otras fuentes de información ajenas a la inteligencia de señales. En una evaluación de la situación, disponible el día 28 para los ministros, se informaba de diversos hechos. Los permisos en la Armada Argentina habían sido cancelados, se habían enviado suministros y equipamiento a las bases navales de Puerto Belgrano y Comodoro Rivadavia y, en una reunión de diplomáticos de alto nivel en el Ministerio de Asuntos Exteriores, el ministro Costa Méndez había informado de que se había tomado la decisión de capturar las Malvinas. A la misma vez, las embajadas argentinas habían recibido la orden de cancelar los permisos de Pascua y esperar acontecimientos. Sin embargo, pese a proporcionar una serie de indicios consistentes, nada de esto daba a entender que la invasión fuera inminente (Hastings y Jenkins, 2011: cap. 3); para esto, los mensajes interceptados y referidos anteriormente, con referencias a acciones y fechas concretas y con una flota ya en la mar, fueron determinantes.

4 Obtención

Dada la importancia crítica de este tipo de interceptaciones conviene analizar en qué circunstancias se produjeron; en concreto, cómo estuvo la inteligencia británica en condiciones de acceder a estas señales, pese a los recortes que se estaban produciendo en diferentes ámbitos relacionados con la defensa, a la lejanía de Argentina y a la ausencia de infraestructuras y medios en la región. Un logro que, a primera vista, parece fuera del alcance de cualquier nación que no sea una superpotencia y que, sin duda, inclinó la balanza del conflicto en favor de los británicos.

Una de las primeras ocasiones en las que se puede constatar la explotación del espectro electromagnético en el Atlántico Sur por la inteligencia británica tuvo lugar más de una semana antes de la Operación Rosario, durante la escalada de tensión en Georgias, antes incluso de que la Junta diera la orden de iniciar la operación y en un momento en que ni siquiera se consideraba conveniente enviar un submarino nuclear a la zona. A este respecto, el vicealmirante Herbert no veía razonable enviar

un submarino nuclear al Atlántico Sur, incluso posteriormente al 29 de marzo, por unos cuantos barcos chatarreros en Georgia (Rossiter, 2008: Prologue). Pero de alguna forma, tanto la NSA como el GCHQ habían detectado un rápido incremento del volumen del tráfico de comunicaciones debido a las maniobras de las Armadas de Chile y Argentina, lo que volvió a ocurrir el día 31 (Aldrich, 2010: 395-397; Keegan, 2003: Epilogue) y, sobre el día 24, se interceptó el mensaje que ordenaba a dos corbetas destacarse a Georgia del Sur.

Entonces, ¿quién podía estar interceptando estas señales? Si nos centramos en las del día 24, el único buque británico de cierta relevancia en el Atlántico Sur y con capacidad de interceptar emisiones electromagnéticas (SIGINT), era el *Endurance*, pero había zarpado alrededor del día 21 con rumbo a Georgia, y el día 24 se encontraba en esta zona, a más de mil millas al sureste de Mar del Plata, en cuya proximidad se encontraban las corbetas (Mayorga, 1988: 46). El hecho de que se encontraran próximas a costa implica la posibilidad de que las comunicaciones se hubieran realizado en UHF, VHF o HF con baja potencia o modos discretos, lo que limitaría la posibilidad de interceptación a pocos cientos de millas centradas en esta parte del territorio argentino. Además, el *Endurance* no había estado detectando más que señales de escaso interés desde el inicio de la crisis en Georgia hasta la fecha de la invasión (Aldrich, 2010: 396).

¿Podrían haber sido satélites SIGINT norteamericanos? La verdad es que tampoco parecen ser buenos candidatos. Para Estados Unidos, Argentina no era un objetivo de inteligencia prioritario, al menos en temas puramente militares, en el que estuviera justificado invertir los escasos recursos satelitales. Pero todo indica que al menos un satélite VORTEX, probablemente el que fue puesto en órbita en octubre de 1981, proporcionó información a los británicos. Esta serie de satélites tenía como objetivo principal la obtención de inteligencia de señales (SIGINT), principalmente comunicaciones estratégicas soviéticas (Day, 2022); en el caso que nos ocupa, podrían haber interceptado sin problemas las comunicaciones de radiofrecuencia entre el mando argentino y sus fuerzas, incluida la mensajería y, en concreto, las comunicaciones con unidades navales en la mar, si se hubieran empleado para ello. Una de las grandes ventajas del uso de satélites frente a estaciones en tierra o unidades en la mar es su capacidad para interceptar emisiones en las frecuencias más altas, es decir, UHF (*Ultra High Frequency*) y VHF (*Very High Frequency*)². Sin embargo, en 1982, los norteamericanos no habían logrado una cobertura global con sus satélites espías, y a los británicos no les era fácil conseguir este tipo de apoyo de su máximo aliado. En aquella época, la administración Reagan estaba interceptando las comunicaciones en América Central con este tipo de satélite, la región más próxima al Atlántico Sur cubierta con ellos. Un oficial del GCHQ británico que hacía de enlace

2 Estas emisiones se propagan en línea recta y están limitadas al horizonte (unas pocas decenas de millas), una vez rebasado continúan en línea recta hasta el espacio. Solo aeronaves que vuelen muy alto y relativamente próximas a la fuente, o satélites, podrían interceptarlas debido a la curvatura de la tierra. Las ondas de más baja frecuencia, como las HF, se refractan en la atmósfera y pueden propagarse siguiendo la curvatura de la tierra, llegando a tener alcances de miles de millas náuticas.

con la NSA afirmaba que «we had to negotiate very hard to get it moved, and then only for limited periods» (oficial anónimo, citado en Urban, 1996: 57), es decir, había que negociar muy duro para que los norteamericanos accedieran a moverlos, y solo durante breves periodos de tiempo. Durante estas limitadas ventanas de unas pocas horas cada vez, solo el GCHQ monitorizaría el tráfico de señales e informaría a la NSA si hubiera algo de interés (Aldrich, 2010: 441; Urban, 1996: 57). Aunque parece indudable que esta colaboración tuvo lugar, es poco probable que ocurriera antes de abril.

Solo a finales de marzo el gabinete de Thatcher empezó a prestar atención con motivo de la crisis en Georgia del Sur, pero aún no barajaban siquiera una crisis en torno a Malvinas. El día 19, al inicio de la crisis en Georgia, se encargó al comandante de la Flota que investigara la posibilidad de enviar barcos a las Malvinas, más bien como muestra de resolución británica, pero nada urgente: un despliegue en los nueve meses siguientes se consideraba adecuado. Las conclusiones eran poco menos que decepcionantes, ya que cualquier opción sería muy costosa (Rossiter, 2008: cap. 6). Es posible que el tipo de conflicto que esperaban, de baja intensidad, algo parecido a la crisis de Thule del Sur en 1977 (Rossiter, 2008: cap. 6; Hastings y Jenkins, 2011: cap. 2), apenas compensara un despliegue incluso mínimo.

El plazo de los nueve meses tiene que ver con las evaluaciones y estimaciones de organismos como el Comité Conjunto de Inteligencia (JIC) sobre las negociaciones en torno al estatus de las islas con Argentina. A partir de junio de 1981, el JIC estimaba que, si la Junta percibía que Londres se negaba a incluir seriamente el asunto de la soberanía sobre las islas en las negociaciones, recurriría a medios más coercitivos, pudiendo actuar incluso sin previo aviso, aunque lo más probable sería que fuera escalando gradualmente con medidas más limitadas. Ya en esta fase se consideraba que sería muy difícil y muy costoso dar una respuesta militar a muchas de las acciones que Argentina pudiera tomar para presionar (Freedman y Gamba-Stonehouse, 1991: 17-19). A finales de 1979, el ministro de Exteriores, Lord Carrington, ya había manifestado que la actitud de no conceder nada en cuanto a la soberanía llevaba implícito una seria amenaza de invasión. Sin embargo, en febrero de 1982, una serie de informes que acabaron en el escritorio de Margaret Thatcher, daban informaciones más concretas. Ya avisaban de que, durante ese año, una confrontación, casi con seguridad militar, parecía inevitable con Argentina (Gavshon y Rice, 1984: 18-31). En caso de ocurrir, la inteligencia estimaba que tendría lugar a final de año con más probabilidad, tras un incremento gradual de la tensión (Hastings y Jenkins, 2011: cap. 3).

En este escenario, que podemos estimar que empezaría a cambiar a partir del día 28 de marzo y, sobre todo, del 31, es dudoso que el GCHQ se viera presionado a negociar con la NSA la reorientación de sus satélites, empezando el 19 y obteniendo las primeras interceptaciones relevantes el 24, dos días antes de que se dieran las primeras órdenes para invadir Malvinas y solo un día después de que se decidiera la invasión, que se supone que fue una decisión secreta y, además, en las reducidas ventanas diarias de uso; más aún cuando ellos mismos se daban nueve meses para tomar medidas. La misma decisión de enviar al *Endurance* a Georgias había sido tomada por la primera ministra sin consultar con nadie más. Con la posibilidad de una confrontación aún

vista como remota, el almirante Terence Lewin, jefe del Estado Mayor de la Defensa, no tuvo ningún problema en viajar a Nueva Zelanda en esas fechas, tras avalar la decisión de la primera ministra con respecto al *Endurance* (Prince, 2002).

Por otro lado, el secretario de Estado norteamericano, Alexander Haig, había asegurado al presidente Galtieri que los informes que afirmaban que los Estados Unidos habían proporcionado a los británicos inteligencia e información satelital no eran ciertos. Esta conversación tuvo lugar a principios de abril, después de las reveladoras interceptaciones de marzo (Day, 2022; Freedman, 1986: 314). Más adelante, Haig volvería a asegurar que no proporcionaron apoyo de inteligencia antes del colapso de las negociaciones, lo que ocurrió el día 30 de abril, cuando anunció que estas habían fracasado y que los Estados Unidos apoyarían a Reino Unido (Haig, 1984: 293, 296). No obstante, conviene tener en cuenta que las manifestaciones públicas o privadas de los responsables políticos durante la guerra o, incluso después, no se deben tomar al pie de la letra; no es habitual que mientan, pues perderían credibilidad para ocasiones posteriores, pero tampoco proporcionan, evidentemente, información precisa ni clara; lo cierto es que la realidad es mucho más compleja y permite jugar con el lenguaje. De hecho, como veremos, Haig no mentía del todo cuando decía que no había suministrado inteligencia al Reino Unido, pero también es seguro que, sin Estados Unidos, los británicos habrían tenido acceso a poco más que a los mensajes de información meteorológica, en cuanto a inteligencia de señales navales se refiere; también es muy probable, como venimos argumentando, que no hubieran proporcionado (aún) información satelital; lo que sería más comprensible si ya existieran otros medios de obtención disponibles menos escasos y más baratos. Esta última razón, que EE. UU. y Reino Unido dispusieran de otros medios más baratos y abundantes para obtener inteligencia de señales, se postula, de hecho, como uno de los principales argumentos que explicaría por qué no se recurrió a los satélites.

Pero, si no fueron los satélites, ¿qué podía estar interceptando el tráfico de comunicaciones estos días?

La siguiente opción que se debe considerar son las estaciones de búsqueda de señales electromagnéticas. La NSA disponía de una amplia red de puestos de este tipo en diferentes partes del globo y lo cierto es que explicarían bien gran parte de esta clase de interceptaciones, en especial en lo referente a comunicaciones navales. A principios de los años sesenta, si bien la Unión Soviética estaba poco menos que rodeada de estaciones ELINT, en Sudamérica apenas había cobertura; entre las más cercanas estarían las de Panamá y Puerto Rico. Durante el conflicto, también habría que contar con Ascensión, un puesto del CGHQ gestionado por unos treinta profesionales (Bamford, 1987: 274; Freedman y Gamba-Stonehouse, 1991: 86), y con estaciones en la isla neerlandesa de Curaçao, en la que operaban holandeses y posiblemente norteamericanos, que sí operaban en la isla, al menos en los años sesenta, y que parece que fue capaz de obtener algunos resultados durante el conflicto (Wiebes, 2005: 262; Platje, 2005: 311).

Pero parece más realista pensar, dada la gran eficacia en la interceptación, que esta tuviera lugar en puestos más cercanos. Según algunas fuentes, estaciones de

seguimiento norteamericanas en el sur de Chile serían responsables de la mayoría de este tipo de interceptaciones (Freedman y Gamba-Stonehouse, 1991: 131; Hastings y Jenkins, 2011: cap. 3 y 8). Lo cierto es que no solo explicarían la detección de las señales de las maniobras chilenas y argentinas y mensajes clave en fases tempranas, sino que también serían una opción que garantizaría más razonablemente, durante la guerra, la obtención de señales de forma continuada y sin limitaciones horarias, como sería el caso de los satélites o de medios aéreos como los Nimrod, si bien este tipo de recepción presenta otros inconvenientes.

Abundando más en esta hipótesis, la zona fronteriza entre Chile y Argentina en el sur también era un foco de tensión en aquellos momentos. Las disputas en torno al canal de Beagle casi habían llevado a la guerra a los dos países en 1978 y, a partir de enero de 1982, la disputa alcanzó otro pico de tensión. El Gobierno argentino desplazó tropas a la frontera con Chile y las relaciones entre ambos países tocaron fondo (Hastings y Jenkins, 2011: cap. 3).

Argentina se había buscado problemas con Chile y Reino Unido prácticamente a la vez, en el conflicto del Beagle con el país vecino en el 78 y en una primera crisis con los británicos en torno a la isla de Thule del Sur en el 77 que, sin duda, marcó la estrategia a seguir de estos últimos en torno al contencioso del Atlántico Sur en los años siguientes. No sería descabellado pensar que los británicos se hubieran aproximado al régimen de Pinochet ofreciéndole colaboración ante una amenaza común a partir de 1978.

La inteligencia británica, condicionada por la crisis de 1977, se guiaba por unos pocos principios en lo referente a Malvinas y Georgias. Por un lado, a principios de 1982 estimaba que, si se producía alguna presión militar sobre Malvinas, esta no tendría lugar antes de fin de año, y que vendría precedida, además, por señales diplomáticas claras, como presión en la ONU y manifestaciones públicas resaltando la falta de implicación del Reino Unido en la resolución del contencioso. Por otro lado, la comunidad de inteligencia británica se sentía presionada por el hecho de haber dado el grito de alarma en 1977, con mucha más tensión que la que esperaban para el incidente en Georgia del Sur, sin que realmente Argentina tuviera planeada ninguna invasión, y no quería quedar nuevamente en evidencia; para ello debería tener criterios más sólidos. Por último, estimaba que no se debía responder a Argentina de forma que pudiera impulsar al país a un ataque preventivo antes de estar preparados para hacerle frente (Hastings y Jenkins, 2011: cap. 3); curiosamente, esto parece ser lo que finalmente ocurrió con el envío del *Endurance* a Georgia del sur.

Con respecto al primer supuesto, que cualquier presión militar no tendría lugar antes de finales de año, se puede decir que sus evaluaciones no andaban muy descaminadas. A finales de 1981 el almirante Anaya, entonces comandante en jefe de la Armada argentina, encargó al almirante Lombardo, durante una breve reunión en Puerto Belgrano, en persona, planear la recuperación de las islas. Tal y como Anaya le manifestó, se pretendía, efectivamente, agotar la vía diplomática, en marcha en ese momento y recurrir a la vía militar solo si aquella fracasaba; inicialmente se fijó un límite para estar listos para operar entre julio y agosto (Aldrich, 2010: 393; Gavshon

y Rice, 1984: 28-30; Mayorga, 1988: 38-41, 57). Teniendo en cuenta los informes de febrero de 1982 y las intenciones manifestadas por el almirante argentino, parece difícil pensar que la inteligencia británica no estuviera al menos parcialmente al tanto de las intenciones y movimientos de la Junta y, en especial, de las de Anaya a este respecto, ya que difícilmente podrían haber estimado un límite de fechas tan específico sin conocer las intenciones de la Junta o de sus miembros, que era la única autoridad con la potestad de iniciar las acciones necesarias para una invasión y según su voluntad. A este respecto, es interesante el relato del entonces comandante del *Endurance*, Nick Barker, que insiste en las advertencias que recibió de los chilenos durante su visita a Punta Arenas, a finales de enero, de que las intenciones argentinas no eran nada amigables. Según él, los chilenos habrían sido los primeros en descubrir el plan de invasión de Anaya y destaca el papel de la inteligencia de este país, que consideraba mejor informada que la británica en estos asuntos (Barker, 2002: cap. 7).

Pero continuando con el extremo sur del continente americano, la inteligencia británica había seleccionado algunos indicadores que deberían alertarle de que la invasión estaba en marcha. Uno de ellos sería la movilización de las brigadas de montaña en la frontera con Chile, la opción más obvia para las islas. Se sabe que el GCHQ estaba monitorizando el tráfico de radiofrecuencia de estas brigadas: mientras estuvieran en la frontera, no habría peligro (Keegan, 2003: Epilogue). Pero, como sabemos, esto no ocurrió. Las operaciones iniciales fueron llevadas a cabo por la Armada y la Infantería de Marina argentinas en su totalidad y, posteriormente, se desplegaron elementos de brigadas que no estaban en la frontera por temor a una reacción chilena, aprovechando la coyuntura (Aldrich, 2010: 394-395; Keegan, 2003: Epilogue). Pero lo interesante en este asunto sería poder responder a las cuestiones referentes a cómo estaba la inteligencia británica obteniendo esas señales: ¿habían llegado a un acuerdo con los chilenos para desplegar estaciones de interceptación de señales en su territorio o para utilizar los medios chilenos de inteligencia de señales de forma conjunta?, ¿fue la estación americana en el sur de Chile únicamente la que monitorizaba?, ¿o fue de las tres maneras?

Diversas fuentes afirman que Chile interceptaba activamente inteligencia argentina para enviarla a continuación a los británicos (Treharne, 2015: 67-68; Richelson, 1988: 58), más allá de prestar el territorio para los aviones Nimrod de interceptación electrónica o el radar de Punta Arenas. Según el periodista Duncan Campbell, Chile llegó a un acuerdo, al poco de empezar la guerra, con el Gobierno británico, por el que se acordó un intercambio completo de inteligencia, incluyendo la monitorización y el descifrado de las comunicaciones argentinas que llevaría a cabo la inteligencia naval chilena; a cambio, Pinochet no solo obtendría colaboración para proteger a su nación de una agresión argentina, sino que Reino Unido se comprometería, como se ha podido comprobar posteriormente, a mirar para otro lado con respecto a las violaciones del régimen contra los derechos humanos (Campbell, 1985). El general Fernando Matthei, miembro de la Junta Militar Chilena y abiertamente anglófilo, da algunas pistas con respecto a cómo habría sido la colaboración en temas de inteligencia de comunicaciones:

[...] le abrí todo lo que teníamos nosotros en materia de inteligencia. Nuestra inteligencia no era de agentes, no era de espionaje; era de

una... monitoreo permanente de lo que se hacía el otro lado, mediante equipos electrónicos, escuchas... de transmisiones, de comunicaciones, de emisiones de radares, de todo eso, e ir fijando las posiciones y tener... saber entonces qué equipos tenían (Matthei, entrevistado en Televisión Nacional de Chile, 2022: 19 m 33 s).

No obstante, esta colaboración parece haber empezado semanas después de la toma de las islas. El oficial británico de enlace que contactaría con Matthei fue avisado el 11 de abril de que sería el enlace en Chile para coordinar parte de este apoyo (Edwards, 2014: cap. 1), lo que podría indicar que, si se estaban monitorizando las comunicaciones antes, sería a través de los norteamericanos, o bien, mediante algún tipo de colaboración no revelado por Matthei. Por otro lado, monitorizar el volumen de tráfico de comunicaciones, sin necesariamente leerlas, es algo que fácilmente podían hacer los chilenos sin recibir las claves para descifrarlas.

Tampoco dejaba dudas Lord Parkinson, miembro del gabinete de guerra, con respecto a la procedencia de las interceptaciones de algunos de los mensajes clave para la serie de acaecimientos que resultaron en el hundimiento del *Belgrano*. Lord Parkinson habla de cómo los servicios de inteligencia chilenos habrían proporcionado inteligencia que puso en marcha la decisión de hundir el navío. En concreto, apunta a la interceptación de las comunicaciones del mando argentino, que revelaron las órdenes de este a su comandante, Héctor Bonzo, por los servicios de inteligencia chilenos, aunque no se puede deducir de sus palabras si enviaron datos descodificados o cifrados: «they [Chile] had intercepted the Argentinian command's instructions [...] We had been discussing what we would do if we found it [the *Belgrano*] because we knew the *Belgrano* was out to sink a carrier» (Parkinson, 2012). Aunque no sabemos cómo era la colaboración de Estados Unidos, Reino Unido y Chile, algunos autores (Richelson, 1988: 58) dan a entender que fue la inteligencia chilena la responsable de su descodificación; otros sugieren que podría no haber habido descifrado: «it was not known that Lady Thatcher was also supplied by the Pinochet regime with more vital raw intercept data revealing the orders to the Argentine commanders in action around the Falklands», refiriéndose a datos enviados por el régimen de Pinochet, indicando que las señales se podrían haber enviado desde Chile en crudo, lo que puede significar que se enviaban sin procesar (Brown y Sengupta, 2012).

En cualquier caso, todo parece indicar que la mensajería relativa a los movimientos del grupo del *Belgrano* o, al menos parte de la serie de mensajes obtenidos que ayudaron al *Conqueror* a dar con su grupo de combate, la interceptaron los chilenos en el marco de esta colaboración, que además podrían observar los movimientos de buques en Ushuaia fácilmente. Existen evidencias de que podrían haber proporcionado también la notificación de salida de puerto del *Belgrano* a las autoridades británicas (Richelson, 1988: 58; Freedman, 1986: 328). El hecho de que operaban en el sur de Argentina, relativamente próximos a Ushuaia y Punta Arenas, habría facilitado la recepción de señales desde el sur de Chile; de hecho, sería la zona ideal para interceptarlas.

Con respecto a la estación de seguimiento de EE. UU. en el sur de Chile, poco se sabe de ella. La NSA operaba, a finales de los sesenta, al menos dos estaciones

de seguimiento de señales en el país, una en la isla de Pascua y la otra en un lugar no precisado. Cuando Salvador Allende accedió al poder, ambas estaciones fueron evacuadas y el material fue transportado a una base americana en Panamá (Hersh, 1983: cap. 22). Es probable que, tras el golpe de Estado de Pinochet, patrocinado y diseñado por Estados Unidos, se reabrieran las estaciones.

El territorio chileno era, por otra parte, clave para EE. UU. Por un lado, permitía controlar las comunicaciones de baja frecuencia (LF) con los submarinos nucleares soviéticos en el sur americano y el Pacífico sur (Hersh, 1983: cap. 22) y, por otro, podía hacer lo mismo con las comunicaciones/señales de radiofrecuencia en HF chilenas y argentinas. Parece que, arrebatando el poder a Allende, socialista, aliado de la Unión Soviética y Cuba, EE. UU. se había quitado cualquier amenaza a su hegemonía en la zona y había mejorado su posición y, por tanto, la de los británicos, frente a Argentina en el 82.

Un argumento en contra de que únicamente se utilizaran las estaciones de Chile sería la gran distancia que separa Buenos Aires del país vecino, más de cuatrocientas millas y más aún del sur de este, a más de novecientas. Si bien es factible interceptar señales a esas distancias para frecuencias más bajas, como las comunicaciones en HF, siempre y cuando se emitan con un mínimo de intensidad y las condiciones ionosféricas sean adecuadas, sería prácticamente imposible interceptar las transmisiones en UHF/VHF, desde cualquier punto de Chile. No conocemos los parámetros de las transmisiones del día 24, por las que se destacaba a dos unidades próximas a Mar del Plata a Georgias, pero si se utilizaron canales de UHF/VHF, o de HF en baja potencia o en un modo discreto, difícilmente podrían haber sido interceptadas por estaciones chilenas.

Además, los mensajes más importantes relativos a las operaciones navales durante la guerra, incluidos planes, intenciones y órdenes, parecen haber llegado a manos de la inteligencia británica en su gran mayoría y solo conocemos los más relevantes, sin duda un minúsculo porcentaje de todos los que procesaron, por lo que sería razonable pensar que disponían de más medios y no que una sola estación en el sur de Chile podía acceder a todas las comunicaciones navales argentinas.

De la misma manera, hay otros indicios que apuntan a que la penetración de la inteligencia británica y, sobre todo, norteamericana, durante y antes del inicio del conflicto, iba más allá de unas cuantas horas diarias de satélite o estaciones de señales en suelo extranjero. El parlamentario laborista Tam Dalyell, activo durante el conflicto, declaró poco después del mismo que, para el 1 de mayo, la inteligencia de Estados Unidos había penetrado todos los niveles de los mandos militares argentinos (Gavshon y Rice, 1984: III). Un ejemplo impresionante sería la presencia del destacamento de la CIA en Buenos Aires en el mismo edificio del Estado Mayor Conjunto, en el Paseo Colón. La CIA podía así controlar las deliberaciones de los altos mandos, no solo por medio de su privilegiado acceso a funcionarios importantes, sino además por mecanismos electrónicos (Gavshon y Rice, 1984: 261). Este último argumento fue esgrimido por Dalyell para sostener que el Gobierno británico conocía gran parte de las deliberaciones de la Junta. Además, y como se expuso anteriormente, la inteligencia británica tenía conocimiento el día 28 de que el ministro Costa Méndez

había informado a varios diplomáticos, en el Ministerio de Exteriores, de que la Junta había decidido reconquistar Malvinas; también podrían haber obtenido información, antes de marzo, referente a las intenciones de la Junta o de sus miembros, directrices iniciales sobre la toma de las islas, o a las fases iniciales del planeamiento, como se vio anteriormente, lo que podría indicar algún tipo de mecanismo de escucha o inteligencia humana y una presencia considerable de la CIA, NSA o sus homólogos británicos.

Lo visto hasta ahora parece sugerir que los servicios de inteligencia norteamericanos y, puede que los británicos, disponían de cierta infraestructura dentro del país. Medios de obtención situados dentro del territorio argentino explicarían mejor que los hasta ahora estudiados las significativas interceptaciones del periodo 24, 25 de marzo. Evidentemente, interceptar el tráfico de radiofrecuencia entre Buenos Aires o Puerto Belgrano y buques en las proximidades de Mar del Plata con receptores próximos a los emisores/receptores tiene todo tipo de ventajas: es fácil conseguir una disponibilidad de veinticuatro horas, frente a la escasa disponibilidad y alto costo de los satélites; los equipos de recepción son más baratos, pueden ser más sencillos tecnológicamente y menos potentes, pues no tienen los inconvenientes de la lejanía: condiciones meteorológicas adversas, atenuación de la señal, interferencias. También podrían recibir tráfico de muy altas frecuencias, si se emplazaran dentro del horizonte del emisor/receptor, algo imposible con las estaciones chilenas. El *Endurance* sería un buen ejemplo de estación modesta, con pocos recursos, pero muy útil cuando está cerca del emisor/receptor; de hecho, interceptó emisiones clave para el desarrollo de los acontecimientos en Georgias, pero más adelante. Sabemos que el *Endurance* estaba en las proximidades de estas islas en estas fechas. Pero, aunque hubiera estado cerca en el periodo referido, tampoco habría sido fácil hacer llegar, desde la mar, todo el tráfico que captara a la base del GCHQ, en Cheltenham, para su procesamiento sin un satélite de comunicaciones, del que no disponían aún los británicos. Hay que recordar que los receptores deben recoger todas las emisiones de comunicaciones y enviarlas a Cheltenham y, solo tras un laborioso procesado y análisis en el cuartel general, donde está el personal especializado, se filtran las que son importantes, no antes. Esto refuerza la idea de que habría sido necesaria infraestructura en Argentina simplemente para enviar la información que se obtenía o apoyo estadounidense.

Para espiar el tráfico de la Armada Argentina con sus mandos en tierra, podría haber sido suficiente con equipos desplegados, por ejemplo, en vehículos, tales como furgonetas, o edificios, entre los que las embajadas norteamericana y británica en Buenos Aires serían los máximos candidatos. Apenas existe información sobre el tema, aunque tenemos indicaciones de que la CIA había penetrado los estamentos militares argentinos, como afirmaba el parlamentario Tam Dalyell. Richelson nos da una pista más precisa sobre quién podría haber hecho el trabajo. Según este autor, existía una estación del *Special Collection Service* (SCS) en la embajada estadounidense en Buenos Aires en los 80, y habría proporcionado información a los británicos³ (Richelson, 2016:

3 Richelson cita a Gavshon y Rice, ya comentados en este artículo, aunque él especifica que se trata del SCS.

cap. 8). Bajo este inocuo nombre se esconde una de las organizaciones de inteligencia más invasivas, secretas y eficaces de la comunidad de inteligencia norteamericana. El SCS se creó en 1978, aglutinando las habilidades de la CIA en operaciones clandestinas y las capacidades técnicas de la NSA en una organización de inteligencia, en cuya dirección se alternaban ambas agencias. El SCS tenía entre sus principales objetivos la obtención de inteligencia de señales desde establecimientos del Gobierno en el extranjero, normalmente embajadas o consulados. Sus equipos se centraban en las comunicaciones al más alto nivel, lo que estaría facilitado por el hecho de trabajar habitualmente en capitales nacionales; según Richelson, la inteligencia que obtenían era de gran calidad, especialmente si la embajada estaba situada en terreno elevado o próxima a los ministerios de Exteriores o Defensa (Richelson, 2016: cap. 2), lo que sugiere que esta organización podría haber escuchado a Costa Méndez cuando anunció a los diplomáticos la decisión de invadir las islas.

El servicio también realizaba acciones para colocar sofisticados equipos de escucha (desde micrófonos ocultos hasta antenas parabólicas) en los sitios más inaccesibles y trataba de captar y reclutar personal clave de comunicaciones extranjero (Bamford, 2002: cap. 11). Este tipo de trabajos, especialmente invasivos, podían ser muy eficaces al acceder a la información incluso antes de ser codificada. Un ejemplo sería el de un equipo de INSCOM, una unidad del Ejército de los Estados Unidos, que, entre 1982 y 1983, logró colocar un micrófono, sobornando a personal de limpieza y de seguridad, en la sala de conferencias del general Manuel Antonio Noriega, en Panamá (Richelson, 2016: cap. 8). Aunque Estados Unidos monitorizaba las comunicaciones con un satélite en Centroamérica por estas fechas, vemos que también utilizaba otros medios que, además, le proporcionaban información que no era accesible por satélite. Muy probablemente lo mismo ocurría en Argentina.

5 Espionaje entre aliados

Apenas existe información actualmente sobre cómo la NSA, GCHQ o SCS obtenían la inteligencia de señales durante el conflicto de Malvinas y antes, especialmente en lo referente a comunicaciones navales, pero en otros casos sí se ha filtrado información relativa al modo de operar que nos puede dar pistas sobre cómo pudo haber ocurrido en el caso que nos ocupa. Aunque en algunos de estos casos se trata de episodios independientes, no dejan de ser nuevos capítulos en la colaboración en materia de inteligencia entre americanos y británicos y que pueden arrojar luz sobre la forma de actuar en el conflicto del Atlántico Sur, sugiriendo patrones de actuación.

Uno de los ejemplos más notorios sería la trama de espionaje al más alto nivel en Alemania, por parte de la NSA, que salió definitivamente a la luz cuando el especialista informático Edward Snowden, que había trabajado en la CIA y la NSA, hizo públicos documentos clasificados sobre varios programas de la NSA, a principios de junio de 2013. La revista alemana *Der Spiegel* trabajó en una serie de estos documentos, desvelando el alcance de estas actividades en Alemania. De esta forma se descubrió,

no solo que agencias de inteligencia norteamericanas habían estado interceptando las llamadas del teléfono móvil de la canciller Angela Merkel durante más de una década, sino que habían convertido la embajada estadounidense en Berlín en una estación de escucha.

Según uno de los documentos, de 2010, el SCS estaba operativo en Berlín; y no solo en la capital alemana sino también en París, Madrid, Roma o Ginebra. El SCS estaba en condiciones, entre otras cosas, de interceptar, no solo llamadas de móviles, sino señales de microondas, satélite y ondas milimétricas (Appelbaum *et al.*, 2013).

Pero la cosa no acaba aquí. En 2015, el Servicio de Inteligencia de Defensa de Dinamarca inició una investigación a raíz de los documentos de Snowden. El resultado de la investigación concluyó que el servicio de inteligencia danés había colaborado con la NSA: la inteligencia americana estaba interceptando llamadas de teléfono, mensajes de texto y mensajes de chat de autoridades de los países vecinos de cables que cruzaban territorio danés («U.S. spied on Merkel...», 2021).

Por si esto fuera poco, la NSA estaba utilizando la base bávara de Bad Aibling para espiar, mediante SIGINT, a vecinos europeos. Todo indica que el servicio de inteligencia alemán, el BND (*Bundesnachrichtendienst*), colaboraba en esta tarea, aunque no se sabe hasta qué punto era consciente de que la NSA también estaba espionando objetivos en la república federal (Baumgärtner *et al.*, 2015).

Y, de forma poco sorprendente a estas alturas, habría que sumar la labor de un viejo conocido: el GCHQ. Los británicos aprovechaban su proximidad a Europa para espiar, no solo a los países sino también a miembros destacados de la UE, en colaboración con los americanos. El servicio británico utilizaba su situación geográfica para monitorizar las comunicaciones por satélite e importantes cables de comunicaciones que llegaban a su territorio provenientes de Alemania. Curiosamente, gran parte de este espionaje no tenía nada que ver con la seguridad, sino que era puramente espionaje económico e industrial (Poitras *et al.*, 2013).

Queda claro con este ejemplo que Estados Unidos y Reino Unido espían a sus aliados y además de forma conjunta. Un país tecnológicamente avanzado como Alemania no fue capaz de evitarlo, mientras el BND colaboraba estrechísimamente con la NSA; el hecho de ser aliados sin duda contribuyó a que Alemania bajara la guardia. También se puede observar la gran variedad de medios para obtener información: se espían las comunicaciones por satélite, pero también por cable, radiofrecuencia o telefonía, y la mayor parte de las veces con medios en el terreno, de hecho, no se alude a satélites específicamente de recolección SIGINT. De esta forma es razonable pensar que Estados Unidos y Reino Unido estaban en condiciones de montar una red de espionaje en Argentina y con un grado de penetración tan alto, que cubriría de sobra muchas de las necesidades de la guerra de las Malvinas. Lo mismo ocurre con el espionaje en Chile, Argentina y otros países de América del Sur en los años setenta, al que se hará referencia más adelante. El caso de Alemania muestra, por ejemplo, que, cuando existe una red estable de espionaje, los medios de obtención están principalmente sobre el terreno y el uso de satélites es mínimo. Este podría ser el caso de los países de América del Sur en los años setenta y en Argentina

en los ochenta: ya existiría una red de espionaje SIGINT estable. Este ejemplo, además, muestra cómo operaba la embajada y el SCS en la capital alemana, que, como hemos visto, estaba muy probablemente activo en Buenos Aires en los ochenta y, sin ninguna duda, en diversas capitales europeas recientemente, lo cual sugiere un patrón de actuación claro.

6 El descifrado

Hasta ahora nos hemos ocupado de las distintas formas de obtención de inteligencia de señales. Sin embargo, se ha omitido un aspecto fundamental, imprescindible para poder acceder a la información captada: el descifrado.

El 11 de febrero de 2020, el *Washington Post*, en colaboración con la televisión alemana *Zweites Deutsches Fernsehen (ZDF)*, publicó un artículo que hablaba de lo que definía como el golpe de inteligencia del siglo, en referencia a lo que se acabó conociendo como la Operación Rubicon (Miller, 2020). En realidad, simplemente estaban confirmando algo que se llevaba filtrando al público durante décadas. Aunque no se conocían todos los detalles, a mediados de los noventa existía información, accesible públicamente, que apuntaba a que la empresa suiza Crypto AG estaba siendo utilizada por la NSA para espiar a cientos de países en todo el mundo, tanto aliados de los EE. UU. como no aliados (Shane y Bowman, 1995), y también se sospechaba que el BND estaba implicado.

Por otra parte, durante la Segunda Guerra Mundial y posteriormente, la relación entre Estados Unidos y Reino Unido en temas relacionados con SIGINT ha sido bastante estrecha.

Si bien a principios del siglo xx el imperio británico tenía un control casi total del sistema mundial de cables de comunicaciones, a las cuales accedía sin ningún pudor (Bamford, 1987: 30-32), como era de esperar, EE. UU. acabó adelantando a la antigua metrópoli. Reino Unido no era en cualquier caso un socio más de EE. UU., aliado únicamente por fuertes lazos históricos y culturales, sino que había conservado la valiosa experiencia de su etapa como superpotencia en la explotación de las comunicaciones ajenas y también podía ofrecer valiosos activos a la alianza, sin los cuales Estados Unidos habría tenido mucho más difícil conseguir el grado de control global que alcanzó, como sería el caso de sus territorios de ultramar: Chipre, Yemen, Ceilán, Sudáfrica, Diego García, Ascensión, Hong Kong o el mismo territorio británico, en Europa (Harding, 2014: cap. 8; Bamford, 1987: 493-494).

El caso es que, en los años cincuenta y sesenta, una de las principales preocupaciones de americanos y británicos era suministrar máquinas de cifrado a los países OTAN. Los equipos de después de la guerra se estaban quedando obsoletos. Las máquinas de cifrado eran extremadamente caras y EE. UU. asumió gran parte del costo de reequipar a los europeos. Un motivo para ello era evitar que los soviéticos pudieran acceder a comunicaciones OTAN, aunque existía otra motivación más poderosa y menos confesable: querían evitar que los países europeos desarrollaran sus propias

industrias de cifrado, exportando así sus máquinas y dificultando a los anglosajones el acceso a comunicaciones de países que con sus productos tenían más que controladas. Sobra decir que los países de Europa occidental ya estaban siendo espiados por ellos en estos años y que eran objetivos de su inteligencia, especialmente Francia, pero también Alemania (Aldrich, 2019: 198-201, 325-326; Aldrich, 2010: 209-210).

Adicionalmente, la inteligencia norteamericana puso en marcha nuevas y radicales iniciativas. La NSA propuso un esquema de *free licensing* por el que se autorizaría a los países OTAN a fabricar bajo licencia gratuita equipos cripto norteamericanos y británicos, con el fin de desincentivar la investigación y producción de la Europa continental; la interoperabilidad y comunalidad estaba en sintonía con los esfuerzos de la alianza para conseguir fuerzas armadas más eficientes. A la vez, la NSA y el GCHQ alentaban discretamente a los países de la alianza para que introdujeran legislación que regulara (y dificultara) la exportación de equipos cripto, del mismo modo que se controlaba la exportación de armas (Aldrich, 2019: 199-201).

Pero en este esquema había un pequeño inconveniente: las restricciones no eran válidas para países neutrales como Suiza o Suecia (Aldrich, 2019: 201); estos países no estaban vinculados a una alianza como la OTAN, por lo que no tenían que seguir sus directrices. Suiza era un reconocido productor de máquinas de cifrado, y el hecho de ser un país neutral fortalecía su reputación y hacía más apetecibles sus productos a potenciales compradores. Ante este grave problema planteado por los «neutrales», la NSA no se iba a quedar de brazos cruzados. El reto más importante lo planteaba la compañía suiza Crypto AG, propiedad del empresario sueco Boris Hagelin (Aldrich, 2019: 201).

A partir de mediados de los años cincuenta, la NSA cerró acuerdos con varias empresas de estos países, y estuvo negociando con Boris Hagelin en lo que se puede considerar como uno de los mayores éxitos de la inteligencia americana de la Guerra Fría. Para hacerse con el control de Crypto AG, la NSA se había buscado un socio, ya en los años cincuenta, y este no era otro que el BND alemán (Aldrich, 2019: 202).

La NSA presionaba también a compañías nacionales para que amañaran máquinas, si querían recibir licencias de exportación (Shane y Bowman, 1995). Algo parecido ocurría en Europa. Alemania era un país muy avanzado en criptología, con empresas punteras en el sector. El BND había elegido a Siemens como tapadera para suministrar tecnología, que en realidad provenía de la NSA, a Crypto AG y, en algunos casos, la alianza perjudicaba a empresas emergentes en este país (Dobson, 2020; Aldrich, 2019: 202).

En 1963, Crypto AG vendía equipos no solo a Argentina, sino también a países como Argelia, Egipto, Irán o Libia; productos por los que paradójicamente pagaban grandes sumas de dinero para luego ser espiados al más alto nivel por los propietarios finales de la empresa (Aldrich, 2019: 204). Pero también las comunicaciones diplomáticas y militares de países como España, Italia o Irlanda estaban siendo intervenidas exhaustivamente (ZDFinfo, 2020: 2m36s).

El GCHQ estaba al tanto de esta operación del BND, la NSA y la CIA desde el principio, aunque no participaba. Sin embargo, en la década de los 70 el GCHQ

comienza a involucrarse en el procesado de la información de inteligencia de la NSA. En 1970, Estados Unidos lanza su primer satélite Ryolite, capaz de absorber flujos ingentes de señales, que luego debía descargar en estaciones en tierra situadas en sitios específicos en distintas partes del globo, siendo una de ellas la base de Menwith Hill, en Reino Unido. Por otro lado, con un presupuesto menguante tras los recortes posteriores a la guerra de Vietnam y con unos satélites capaces de absorber cantidades masivas de SIGINT, la NSA se vio obligada a buscar apoyo en el exterior. A raíz de esto, el GCHQ se involucró muy estrechamente con la agencia americana en el procesado de este tipo de información; la colaboración era «casi total», según el historiador de la NSA Robert Johnson. En Cheltenham, se procesaba ya en los setenta, a petición de la NSA, una gran parte de la información que enviaban los satélites (Aldrich, 2010: 345-346). Es probable que como consecuencia de esta colaboración la NSA hubiera proporcionado al GCHQ los medios y el conocimiento necesario para descifrar las señales provenientes de equipos de Crypto AG. De forma parecida, el BND había compartido con el TIVC neerlandés (Centro de Procesado de Información Técnica), una rama de inteligencia muy vinculada a la Marina holandesa, información relativa a los algoritmos que usaban estos equipos y que utilizaron durante el conflicto de Malvinas para ayudar a los británicos (Jacobs, 2020).

De esta forma, en 1982, eran varios los países que podían leer la información de las máquinas Crypto AG, las mismas que utilizaba tanto el servicio diplomático como la Armada de Argentina (Jacobs, 2020). Estados Unidos, Alemania y Países Bajos podían leer mensajes codificados por ellas y, además, lo hicieron. Todo indica que Reino Unido también estaba en condiciones de descifrar los mensajes desde antes de que comenzara el conflicto, pese a que existe un debate sobre si este país tuvo que recurrir a sus aliados europeos una vez comenzado el mismo, al no disponer del conocimiento para descifrar la información y retrasarse el apoyo norteamericano (Jacobs, 2020).

Con respecto a la cuestión de los mensajes de marzo, la información disponible apunta a que los británicos fueron los primeros en leerlos y evaluarlos, no los americanos. Tal y como relata el entonces ministro de Defensa británico John Nott, el día 31 de marzo, en el que se comunicó a Thatcher la inminencia de un desembarco en Malvinas, este envió a su secretario privado a comprobar si el material de inteligencia de que ellos disponían había sido igualmente recibido por la inteligencia norteamericana, comprobando que no era así. Igualmente se preparó un mensaje para que la primera ministra preguntara a Ronald Reagan si estaba al tanto de la inteligencia de señales que ellos habían recibido (Nott, 2002: 257).

Por otro lado, Haig narra cómo el mismo miércoles 31 de marzo recibió la visita del embajador británico anunciando que la invasión estaba en marcha. Haig entonces solicitó a su propia comunidad de inteligencia que comprobara la información británica, tras lo cual los analistas confirmaron que una invasión inminente era probable (Haig, 1984: 263).

Es evidente que, si la información procediera de la NSA, Nott no habría enviado a su secretario a comprobar si la inteligencia norteamericana había recibido la misma información, y mucho menos le habrían confirmado que no. Lo mismo ocurre con la

pregunta de Thatcher a Reagan. El relato de Haig confirma que por parte americana no había conocimiento de esta información, por lo que, salvo que se hayan alterado voluntariamente las versiones de ambos ministros, de Haig y de Nott, para proteger la neutralidad norteamericana en el conflicto, las señales clave de marzo de 1982 las obtuvieron/procesaron los británicos.

Además, hay que tener en cuenta las palabras del laborista, entonces miembro del Parlamento, Ted Rowlands, «our intelligence in Argentina was extremely good. That is why we took action in 1977. [...] we have been reading its telegrams for many years» (UK Parliament, 1982, col. 650), refiriéndose a la crisis de Thule del Sur, durante su intervención en el Parlamento en 1982, y dejando atónitos a importantes miembros del ejecutivo, por lo que acaba de revelar públicamente. Es decir, la inteligencia del Reino Unido, probablemente con el apoyo norteamericano, estaba leyendo las comunicaciones argentinas en los setenta y todo indica que también poco antes de que comenzara el conflicto en el 82.

A este respecto conviene señalar que los norteamericanos estaban, desde principios de los setenta, metidos de lleno en la escucha de las comunicaciones en el Cono Sur, entre otras zonas de Sudamérica. A la probable intervención de las comunicaciones, vía productos adquiridos a Crypto AG por el régimen de Salvador Allende en Chile (SRF, 2020: 16m04s), se suman el seguimiento durante el golpe militar en Argentina de 1976 y el de toda la red de naciones participantes en la Operación Cóndor, en los años setenta, entre las que estaba Argentina (Brustolin *et al.*, 2020; CIA, 1977; Kornbluh y Osorio, 2020). Con una densa red de espionaje en el Cono Sur, de la que Argentina era solo una parte, es probable que la inteligencia de la que hablaba Rowlands viniera total o principalmente de aquí y, sin duda, el descifrado sería cortesía de EE. UU.; es dudoso que aliados tan estrechos estuvieran duplicando medios y esfuerzos, y parece razonable que esta red de espionaje fuera la que más tarde dio sus frutos en el 82. Desde fuentes próximas al BND se conjetura que los británicos habrían obtenido los métodos de descifrado de los americanos casi con seguridad⁴ (Jacobs, 2020). Conviene destacar que el BND disponía durante estos años de una estación de escucha de señales encubierta en Alvear, al norte de Argentina (ZDFinfo, 2020: 19m00s).

Como informaba el *Washington Post*, que tuvo acceso a documentación de la CIA, «in 1982, the Reagan administration took advantage of Argentina's reliance on Crypto equipment, funneling intelligence to Britain, [...] according to the CIA history, which doesn't provide any detail on what kind of information was passed to London», es decir, que la administración Reagan canalizó inteligencia a Londres durante el conflicto, pero el documento analizado no especifica de qué tipo ni ningún otro detalle (Miller, 2020). Esta información es compatible con una colaboración al estilo de la ya citada con respecto al procesamiento de información de satélites, en los años setenta, en la que el GCHQ procesaba inteligencia de señales de estos, liberando así recursos a la NSA

4 La Operación Rubicon, de la que el Reino Unido habría sido un «parásito» todo el tiempo, le habría beneficiado hasta el punto de decidir el resultado final del conflicto, según estas fuentes.

para otras áreas prioritarias para ellos. Es decir, los norteamericanos podrían haber delegado el procesado de información, obtenida a través de sus medios desplegados en Argentina, que estaría cifrada con máquinas de Crypto AG, a los británicos, teniendo en cuenta su especial interés por el asunto de Malvinas (Hastings y Jenkins, 2011: cap. 3); de esta forma, les harían llegar el total de la información conforme la obtenían, sin descifrar, en bruto, y ellos la procesarían autónomamente, utilizando los métodos y conocimiento proporcionados por los americanos para el descifrado. La información se canalizaría (*funnel*) en su totalidad, sin procesar; esto explicaría por qué el documento de la CIA no proporcionaba detalles del tipo de información que se enviaba. Esto también implica que la inteligencia americana desconocía el contenido de esa información, y que no tomó decisión alguna con respecto a qué información le pasaba. Nótese que este esquema es también similar a la forma de operar del satélite VORTEX: los británicos monitorizarían el flujo de información mientras lo operaban ellos e informarían a los americanos en caso de alguna novedad.

A este respecto, el que fuera secretario de la Marina de los Estados Unidos durante el conflicto, John Lehman, nos aporta datos complementarios. A mediados de abril, Haig se vio obligado a desmentir nuevas informaciones, según las cuales Estados Unidos habría proporcionado inteligencia satelital a Reino Unido. Según él, Estados Unidos «[had] not acceded to requests that would go beyond the scope of customary patterns of cooperation» (Haig, citado en Lehman, 2012: 81), o sea, no había accedido a solicitudes que fueran más allá del alcance de los patrones habituales de cooperación. Y aquí, según Lehman, estaba la trampa: ambos países ya colaboraban mucho, su estructura de colaboración no necesitaba, en general, de decisiones políticas (Lehman, 2012: 81-82). La forma de cooperar en la obtención de inteligencia de señales, tal y como la hemos descrito, y bien establecida desde antes de que empezara la guerra, encajaría perfectamente en este esquema. Y difícilmente encajaría la solicitud, por ejemplo, de utilización, excepcional, de los satélites VORTEX.

Como se vio anteriormente, es casi seguro que los norteamericanos no estaban escuchando durante marzo las comunicaciones argentinas; estaban centrados en China y Rusia: simplemente no tenían personal para todo (Aldrich, 2010: 399).

7 Conclusiones

Pese a que la información referente a la obtención de inteligencia en la guerra de las Malvinas y, en especial, la referente a inteligencia de señales es todavía bastante incompleta, el análisis de la información disponible nos permite extraer algunas conclusiones.

La colaboración de EE. UU. y, sin ninguna duda en lo referente al descifrado de los mensajes de los equipos Crypto AG, fue decisiva para el resultado final de la guerra. Las señales interceptadas en marzo eran comunicaciones entre buques en la mar y sus mandos en tierra. Sabemos que la Armada Argentina utilizaba estos equipos para codificar sus señales y que algunas de ellas se transmitieron en HF, por la distancia de costa y, por ello, eran fáciles de interceptar; otras señales, como las

del día 24 de marzo se transmitieron más cerca de costa, por lo que podrían haber sido transmitidas de forma más discreta, incluidas VHF/UHF. En este periodo, el único barco con capacidad de interceptación estaba en Georgias —incluso el sur de Chile estaría más próximo—, por lo que lo más probable es que se interceptaran desde tierra, siendo la embajada americana o edificios gestionados por el Gobierno americano o incluso británico, los lugares que posiblemente albergaban los receptores, aunque no necesariamente, pues la interceptación de HF (suponiendo que no se usó VHF/UHF) es la parte fácil de la tarea y existen otras opciones.

El hecho de que se interceptaran estas señales, cuando el grado de alerta no era muy alto, indica que el esfuerzo de escucha era considerable. Para dar con estas relevantes señales, habría que haber procesado muchas otras, probablemente todas las que pudieran captar. Enviar un alto volumen de señales a Reino Unido también requiere cierta infraestructura y los medios británicos en la zona (el *Endurance*) dudosamente estarían empleando satélites de comunicaciones (norteamericanos) para retransmitir el bruto de las interceptaciones. Lo más lógico es que se enviaran desde tierra. Tampoco existen indicios ni filtraciones de la existencia de infraestructura británica de inteligencia en Argentina, como sí que la hay de EE. UU., con posibles estaciones en Chile, la presencia del SCS y la CIA en Buenos Aires, así como la presencia en los años setenta en el Cono Sur; también sabemos que el BND tenía al menos una estación de escucha en el país, pero nada concreto de Reino Unido. Aunque esto no excluye definitivamente la presencia de medios propios británicos en el país, la total ausencia de indicios, en contraste con el extraordinario rendimiento de los medios SIGINT a su disposición, parece indicar que la infraestructura no era suya. Esto puede sugerir un reparto del trabajo y de los medios entre los dos aliados, poniendo Estados Unidos más recursos en América y Reino Unido en Europa.

Como los mensajes de marzo se obtuvieron antes de que los británicos y sus aliados desplegaran medios en la zona, cabe deducir que la infraestructura de escucha estaba ya allí con antelación, seguramente se trata de la que existía desde los años setenta y principalmente norteamericana, aunque es posible que el papel de la inteligencia de señales chilena haya tenido también un papel importante. Tal y como se ha visto, esta infraestructura funcionaba a la perfección, sin medios británicos de recolección en la mar y mucho menos en el aire o en el espacio. La fuerza de tareas británica no dispuso de medios aéreos de vigilancia, reconocimiento o inteligencia suficientes en ningún momento del conflicto, por lo que la interceptación de mensajes navales, principalmente de comunicación entre mandos en tierra y unidades en la mar, como los que fueron clave en el hundimiento del *Belgrano*, se podría haber llevado a cabo desde esta infraestructura, o bien por parte de equipos chilenos, siendo procesada la información por el GCHQ.

Aunque algunas fuentes hablan de descifrado de las comunicaciones navales argentinas por parte de la inteligencia chilena, es poco probable que los británicos o norteamericanos hubieran compartido los métodos de las máquinas Crypto AG con ellos, cuando además los mismos chilenos estaban siendo espiados de idéntica forma. Es razonable pensar que estos entregaban la información interceptada en crudo, sin descifrar, al GCHQ, por lo que podría ser que no conocieran el contenido

de los mensajes que mandaban, incluidos los del *Belgrano*. Esta situación, en la que colaboraban en el espionaje a la vez que eran espiados, sería parecida a la de la NSA en Bad Aibling, en Alemania.

La utilización del satélite VORTEX antes incluso de que la Junta decidiera ejecutar la invasión no parece razonable por los motivos expuestos. Su utilización habría sido mucho más útil en la fase de desembarco y días antes, para interceptar las comunicaciones argentinas de muy alta frecuencia en las islas (UHF, VHF). Esto requeriría tener al receptor/emisor en línea directa, dentro del horizonte, a una muy corta distancia, lo que pondría en riesgo a las unidades británicas que lo hicieran.

Reino Unido recibió un importante apoyo en otras áreas de inteligencia, aparte de SIGINT naval, y no solo de Estados Unidos. Países como Alemania o Países Bajos realizaron una inestimable contribución. Países Bajos interceptó y decodificó señales desde sus bases en Europa (Wiebes, 2005: 275), ya que también tenía acceso a los métodos de descifrado. Equipos de comunicaciones producidos por empresas norteamericanas, lo que afectaría a unidades de campo argentinas, también habrían sido vulnerables (Aldrich, 2010: 399), posiblemente gracias al esfuerzo americano por controlar este tipo de empresas a nivel global. Es posible que el apoyo que Reino Unido recibió en inteligencia al principio de la guerra por holandeses y alemanes tuviera más que ver con el procesamiento de las interceptaciones, ya que el GCHQ debería estar saturado, que con asistencia con los métodos de descifrado de los equipos Crypto AG, algo que ya estaban en condiciones de hacer por sí solos.

De las evidencias aportadas a lo largo de este trabajo se desprende que una característica de la colaboración entre EE. UU. y el Reino Unido era su carácter estructural, más que puntual, no limitada a Argentina, duradera, con un reparto de funciones y un uso conjunto de ciertos medios e infraestructuras. Esta colaboración estaba tan consolidada que para gran parte de las actuaciones en las que era imprescindible la participación, asistencia o uso de medios americanos (como en el caso del descifrado) no era necesaria una decisión política, pues tenían carácter rutinario.

Paradójicamente, pese al importante apoyo prestado por Alemania a Estados Unidos y muy especialmente a Reino Unido, ninguno de ellos tuvo escrúpulos a la hora de espiar sus comunicaciones de forma integral en los años posteriores.

Finalmente, se debe tener en cuenta el impacto real de la inteligencia en esta guerra al evaluar las causas que llevaron a los británicos a la victoria, más aún cuando, por su misma naturaleza, ha sido un factor oculto durante décadas.

Bibliografía

Aldrich, R. J. (2010). *GCHQ: The Uncensored Story of Britain's Most Secret Intelligence Agency*. Londres, HarperPress.

Aldrich, R. J. (2019). *GCHQ: The Uncensored Story of Britain's Most Secret Intelligence Agency*. 2.^a ed. Londres, William Collins.

- Appelbaum, J. *et al.* (2013). Embassy Espionage: The NSA's Secret Spy Hub in Berlin [en línea]. *Spiegel Online*. [Consulta: 2024]. Disponible en: <https://www.spiegel.de/international/germany/cover-story-how-nsa-spied-on-merkel-cell-phone-from-berlin-embassy-a-930205.html>
- Bamford, J. (1987). *The Puzzle Palace: Inside the National Security Agency, America's Most Secret Intelligence Organization*. Nueva York, Penguin.
- Bamford, J. (2002). *Body of secrets: Anatomy of the ultra-secret National Security Agency: from the Cold War through the dawn of a new century*. Nueva York, Anchor.
- Barker, N. (2002). *Beyond Endurance: An Epic of Whitehall and the South Atlantic*. Barnsley, Pen and Sword.
- Baumgärtner, M., *et al.* (2015). Spying Close to Home: German Intelligence under Fire for NSA Cooperation [en línea]. *Spiegel Online*. [Consulta: 2024]. Disponible en: <http://www.spiegel.de/international/germany/german-intelligence-agency-bnd-under-fire-for-nsa-cooperation-a-1030593.html>
- Brown, C. y Sengupta, K. (2012). Sinking the Belgrano: the Pinochet connection [en línea]. *The Independent*. [Consulta: 2024]. Disponible en: <https://www.independent.co.uk/news/world/world-history/sinking-the-belgrano-the-pinochet-connection-7609047.html>
- Brustolin, V., Oliveira, Dennison de y Reis Peron, Alcides E. dos (2020). Exploring the relationship between crypto AG and the CIA in the use of rigged encryption machines for espionage in Brazil. *Cambridge Review of International Affairs*. 36(1), pp. 54-87. [Consulta: 2024]. Disponible en: <https://doi.org/10.1080/09557571.2020.1842328>
- Campbell, D. (1985). The Chile Connection [en línea]. *New Statesman*. Duncan Campbell, pp. 8-10. [Consulta: 2024]. Disponible en: <http://www.duncancampbell.org/>
- CIA. (1977). *Counterterrorism in the Southern Cone*. *National Security Archive*. [Consulta: 2024]. Disponible en: <https://nsarchive.gwu.edu/document/19868-national-security-archive-doc-2-cia-report>
- Day, D. (2022). War at sea, seen from above [en línea]. *The Space Review*. [Consulta: 2024]. Disponible en: <https://thespacereview.com/article/4375/1>
- Dobson, M. J. (2020). Operation Rubicon: Germany as an intelligence 'great power'? *Intelligence and National Security*. 35(5), pp. 608-622. [Consulta: 2025]. Disponible en: <https://doi.org/10.1080/02684527.2020.1774852>
- Edwards, S. (2014). *My Secret Falklands War*. Sussex, Book Guild Publishing.
- Facchin E. L. (2022). *The Untold Story of a Fighting Ship: One Ship, Two Flags, a Thousand Battles*. Cham, Springer Nature.
- Freedman, L. (1986). Intelligence operations in the Falklands. *Intelligence and National Security*. 1(3), pp. 309-335. [Consulta: 2025]. Disponible en: <https://doi.org/10.1080/02684528608431860>

- Freedman, L. (2005). *The Official History of the Falklands Campaign, Volume 2 War and Diplomacy*. London, Routledge.
- Freedman, L. y Gamba-Stonehouse, V. (1991). *Signals of War: The Falklands Conflict of 1982*. Princeton, Princeton University Press.
- Gavshon, A. y Rice, D. (1984). *El hundimiento del Belgrano*. Buenos Aires, Emecé.
- Haig, A. M. (1984). *Caveat: Realism, Reagan, and Foreign Policy*. Nueva York, Macmillan Publishing Company.
- Harding, L. (2014). *The Snowden Files: The Inside Story of the World's Most Wanted Man*. Nueva York, Vintage Books.
- Hastings, M., y Jenkins, S. (2011). *The battle for the Falklands*. Londres, Pan Books.
- Hersh S. M. (1983). *The price of power: Kissinger in the Nixon White House*. Nueva York, Summit Books.
- Jacobs, B. (2020). Maximator: European signals intelligence cooperation, from a Dutch perspective. *Intelligence and National Security*. 35(5), pp. 659-668. [Consulta: 2025]. Disponible en: <https://doi.org/10.1080/02684527.2020.1743538>
- Jinks J. y Hennessy, P. (2015). *The silent deep: the Royal Navy submarine service since 1945*. Londres, Penguin UK.
- Keegan, J. (2003). *Intelligence in War: Knowledge of the Enemy from Napoleon to al-Qaeda*. Nueva York, Knopf.
- Kornbluh, P., y Osorio, C. (2020). *The CIA's 'Minerva' Secret* [en línea]. Washington, NationalSecurityArchive. [Consulta: 2024]. Disponible en: <https://nsarchive.gwu.edu/briefing-book/chile-cyber-vault-intelligence-southern-cone/2020-02-11/cias-minerva-secret>
- Lehman, J. (2012). The Falklands War: Reflections on the 'Special Relationship'. *The RUSI Journal*. 157(6), pp. 80-85. [Consulta: 2024]. Disponible en: <https://doi.org/10.1080/03071847.2012.750891>
- Mayorga, H. (1988). *No vencidos: relato de las operaciones navales en el conflicto del Atlántico*. Buenos Aires, Planeta.
- Middlebrook, M. (2012). *The Falklands War*. Barnsley, Pen & Sword.
- Miller, G. (2020). The Intelligence Coup of the Century [en línea]. *The Washington Post*. [Consulta: 2024]. Disponible en: <https://www.washingtonpost.com/graphics/2020/world/national-security/cia-crypto-encryption-machines-espionage/>
- Nott, J. (2002). *Here Today Gone Tomorrow: Recollections of an Errant Politician*. Londres, Politico's.
- Platje, W. (2005). Dutch Sigint and the Conflict with Indonesia, 1950-62. En: Aid, M. M. y Wiebes, C. (eds.). *Secrets of Signals Intelligence during the Cold War and Beyond*. Londres, Frank Cass Publishers, pp. 285-312.

- Poitras, L., Rosenbach, M., y Stark, H. (2013). Friendly Fire: How GCHQ Monitors Germany, Israel and the EU [en línea]. *Spiegel Online*. [Consulta: 2024]. Disponible en: <https://www.spiegel.de/international/world/snowden-documents-show-gchq-targeted-european-and-german-politicians-a-940135.html>
- Prince, S. (2002). British command and control in the Falklands Campaign. *Defense & Security Analysis*. 18(4), pp. 333-349. [Consulta: 2024]. Disponible en: <https://doi.org/10.1080/1475179022000024466>
- Reuters. (2021). U.S. spied on Merkel and other Europeans through Danish cables - broadcaster DR [en línea]. *Reuters*. [Consulta: 2025]. Disponible en: <https://www.reuters.com/world/europe/us-security-agency-spied-merkel-other-top-european-officials-through-danish-2021-05-30/>
- Richelson, J. T. (1988). *Foreign intelligence organizations*. Cambridge, Ballinger Publishing Company.
- Richelson, J. T. (2016). *The US intelligence community*. 7.^a ed. Boulder, Westview Press.
- Rositer, M. (2008). *Sink the Belgrano*. Londres, Random House.
- Sciaroni, M. (2019). *A Carrier at Risk: Argentine Antisubmarine Missions during the 1982 South Atlantic War*. Warwick, Helion & Company.
- Sciaroni, M., y Smith, A. (2020). "Go Find Him and Bring Me Back His Hat": *The Royal Navy's Anti-submarine Campaign in the Falklands War*. Vol. 21. Warwick, Helion and Company.
- Schmidt-Eenboom, E. (2005). The Bundesnachrichtendienst, the Bundeswehr and Sigint in the Cold War and After. En: Aid, M. M. y Wiebes, C. (eds.), *Secrets of Signals Intelligence during the Cold War and Beyond*. Londres, Frank Cass Publishers, pp. 129-176.
- Shane, S., y Bowman, T. (1995). Rigging the Game [en línea]. *Baltimore Sun*. [Consulta: 2025].
- SRF Dokus & Reportagen. (2020). *Cryptoleaks – Wie CIA und BND mit Schweizer Hilfe weltweit spionierten*. [Consulta: 2024]. Disponible en: <https://youtu.be/VWImOrQz4Zo>
- Televisión Nacional de Chile. (2022). *Informe Especial - Chile en la Guerra de las Malvinas* [2005]. Entrevista a Fernando Matthei. [Consulta: 2024]. Disponible en: <https://youtu.be/xdZ1ImIrrWM>
- Train, H. (2012). Malvinas: Un caso de estudio [en línea]. *Boletín del Centro Naval*. 130(834), pp. 231-262. [Consulta: 2024].
- Treharne, S. A. (2015). *Reagan and Thatcher's Special Relationship Latin America and Anglo-American Relations*. Edimburgo, Edinburgh University Press.
- Urban, M. (1996). *UK Eyes Alpha: Inside Story of British Intelligence*. Londres, Faber & Faber.

- UK Parliament. (1982) *Hansard: House of Commons Debates*. Vol. 21, col. 650. [Consulta: 2025]. Disponible en: <https://hansard.parliament.uk/commons/1982-04-03/debates/3eaf995e-387a-4fb9-a244-927b5a8d87a7/FalklandIslands>
- Wiebes, C. (2005). Dutch Sigint during the Cold War, 1945–94. En: Aid, M. M. y Wiebes, C. (eds.). *Secrets of Signals Intelligence during the Cold War and Beyond*. Londres, Frank Cass Publishers, pp. 243-284.
- ZDFinfo Dokus & Reportagen. (2020). *Streng geheim! Cryptoleaks. Die große BND und CIA Spionage*. [Consulta: 2024]. Disponible en: <https://youtu.be/jagiJ9YAqto>

Artículo recibido: 29 de enero de 2025

Artículo aceptado: 29 de mayo de 2025
